

Entrevista a Edgar Morin

Enric Saperas

Edgar Morin es uno de los pensadores franceses más importantes de su generación. Nacido el 9 de julio de 1921 en París, su formación humanista (estudió historia, sociología, filosofía, geografía y derecho en la Universidad de la Sorbona) le ha permitido reflexionar sobre todos los ámbitos sociales hasta crear uno de los compendios intelectuales europeos de mayor entidad. Es autor de textos sociológicos de gran influencia intelectual como *El espíritu del tiempo* (1962), de ensayos sobre los problemas de la civilización de nuestra época como *Para salir del siglo XX* (1981), *Pensar Europa* (1987), *Tierra patria* (1993), *Una política de civilización* (1997), ha reflexionado sobre la complejidad y el pensamiento complejo en *La complejidad humana* (1994) y en el conjunto de obras elaboradas entre 1977 y 1991 con la denominación de El Método como nueva forma de pensar y conocer. En los últimos años ha publicado textos de gran impacto sobre la comprensión del mundo actual como *Los siete saberes necesarios para la educación del futuro* (2000) o *Tierra patria* (2002).

Como estudioso de la comunicación y la cultura de masas fue codirector del Centro de Estudios Transdisciplinarios (sociología-antropología-semiología) de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales (1973-1989), que consolidó la investigación comunicativa en Francia. Destacan obras como *El cine o el hombre imaginario* (1956), *Les Stars* (1957), *El espíritu del tiempo* (1962) y *El espíritu del tiempo II. La necrosis* (1976), y fue director de las revistas *Arguments* y *Communications*. Actualmente es director emérito de investigación en el CNRS (Centro Nacional para la Investigación Científica) y presidente de la Agencia Cultural Europea de la UNESCO. La entrevista se realizó en Barcelona el 1 de marzo de 2002.

Enric Saperas es profesor de teoría de la comunicación en el Departamento de Periodismo y de Comunicación Audiovisual de la Universidad Pompeu Fabra. Como investigador en comunicación ha participado en los últimos años en actividades de investigación sobre televisión y representación de las identidades, agenda temática y comunicación política. Entre sus obras destacan *Los efectos cognitivos de la comunicación de masas* (1987) y *Manual básico de teoría de la comunicación* (1999). En el marco de las actividades de investigación del CAC ha participado en la investigación *La imagen de Cataluña en las televisiones españolas de ámbito estatal* (1999).

Enric Saperas (E.S.). Ud. ha definido nuestra sociedad como una sociedad de transición entre un mundo que no acaba de morir (la modernidad) y otro que no acaba de nacer. A menudo, para describir esta sociedad en transformación utilizamos conceptos como «sociedad de la información» o «del conocimiento». ¿Le parecen convincentes este tipo de expresiones?

Edgar Morin (E.M.). Me parecen expresiones poco adecuadas. En realidad tendríamos que decir «sociedad de las informaciones» o «sociedad de los conocimientos», siempre en plural. Vivimos en una sociedad que es la suma de muchas fuentes de información. No es cierto que estemos en una sociedad del conocimiento, sino en una sociedad de varios conocimientos. Además, son expresiones

poco adecuadas porque se plantea un antagonismo manifiesto entre información y conocimiento. El poeta Yates se preguntaba cuál es el conocimiento que perdemos en la información y cuál es la información que perdemos en el conocimiento. La información pura no nos sirve para nada, es como una lluvia que vemos caer cada noche por la televisión, la información sólo tiene sentido cuando está integrada en su contexto y nos aporta explicaciones a través del filtro o de una estructura de elementos históricos, sociológicos y culturales. La información por sí misma no nos aporta casi nada. A este gran volumen de información le añadimos, en nuestra sociedad, un gran volumen de conocimientos especializados, segmentados y separados entre sí. Esta carencia de organización común es uno de los

problemas más característicos de nuestra civilización, que es la ultraespecialización y la segmentación de conocimientos, un fenómeno característico del sistema educativo.

E.S. Hablemos de la televisión. ¿Qué piensa de este medio de comunicación como fuente de conocimiento de la realidad? El ciudadano conoce el mundo a través de la televisión y toma conciencia de él con sus imágenes. Compartimos experiencias colectivas y un imaginario común que va mucho más allá de nuestra experiencia directa de las cosas. ¿Es posible una experiencia libre y diversa de la realidad a través del discurso televisivo?

E.M. A mi modo de ver, lo que es importante es la existencia de una diversidad de los medios de comunicación y de las informaciones que se dan, así como de los demás contenidos en el entretenimiento y en las ficciones. Lo que hay que evitar son las consecuencias de una excesiva concentración y la inevitable reducción de la diversidad. Esto es lo que hay que vigilar en la televisión, pero también en la prensa y en las agencias de información; éstas últimas son muy importantes.

La televisión tiene un papel clave en la cultura, si por cultura adoptamos su definición antropológica; es decir, todo lo que nosotros estamos obligados a aprender y compartimos socialmente. La televisión, y el audiovisual en general, es muy importante en la cultura moderna como fomento de conocimientos, valores, creación de identidades individuales y colectivas. Esta cultura se suma a la alta cultura y a las culturas nacionales. La televisión crea una cultura que hace que la familia o la escuela pasen a tener un papel menos importante. Y ésta es una realidad que debemos tener presente. La televisión ha conseguido diversificar su oferta a través de todo tipo de canales especializados y lo ha hecho de una forma parecida a la radio, otro medio audiovisual de gran importancia. Esta diversificación de la oferta no ha hecho más que incrementar su impacto sobre los ciudadanos y convertirse en un elemento cultural cada vez más relevante.

E.S. Pero ¿no se tiende a confundir la capacidad de seleccionar con la diversidad de los contenidos?

E.M. Es evidente que nos enfrentamos a un problema fundamental de civilización. En primer lugar, por la evolución del trabajo y la organización del tiempo. Cuando

volvemos a casa al salir de trabajar queremos una televisión de entretenimiento y no una televisión educativa o culturalmente exigente. También, y en el caso de los jóvenes, se insiste mucho en centrar la demanda en el entretenimiento y en el uso de la televisión como un instrumento cultural más próximo al juego que al consumo cultural en un sentido clásico. Pero creo que la función actual de la televisión, guardando las distancias, es la que tuvo el cine en nuestra época: despertar la curiosidad, conocer a los otros a través de todo tipo de historias y narraciones.

E.S. Me gustaría insistir algo más en este aspecto. En sus obras de los años cincuenta, Ud. se refería al cine como el creador más importante del imaginario colectivo de esos años y como una especie de ágora donde los espectadores tomaban conciencia de sí mismos. Por eso vinculaba las salas de cine con el barrio, la vida cotidiana y la toma de conciencia social e histórica. En los años sesenta, la televisión adoptó este papel de creador del imaginario colectivo. ¿Cree que podemos comparar el papel del cine de entonces con el de la televisión de nuestros días?

E.M. Las dos experiencias no son del todo comparables. Para mi generación, la experiencia del cine era consecuencia de un contexto geográfico, de vida en el barrio y de la propia recepción en una sala oscura que nos producía una experiencia de fascinación. El cine producía, y sigue produciendo, una emoción especial en tanto que vivencia, del mismo modo que lo hace la experiencia individual en un concierto en directo. La televisión implica otra forma de experiencia que siempre ha estado rodeada de polémica. Para algunos, la televisión implica una degradación cultural; para otros implica un proceso de democratización de la cultura. Me parece equivocado elegir una u otra opción de forma radical y deberíamos hacer un esfuerzo para combinarlas porque puede evolucionar en ambos sentidos. Tenemos que estar atentos porque la televisión no es un fenómeno cultural cerrado. Lo peor de la televisión es la obsesión por la máxima audiencia y el «todo vale», al precio que sea, por conseguirla. Si los responsables de la programación toman esta opción se da la primera condición para hacer una televisión superficial y degradar la producción cultural. Un síntoma de esta degradación es la banalización o la reducción de la presencia en pantalla de un tipo de oferta televisiva que me parece que tiene una gran

importancia: los debates televisados. Los debates son muy importantes para la democracia y para reforzar el valor cultural y ciudadano de la televisión. El debate es una oferta fundamental no sólo para la democracia, sino para poner al alcance de todo el mundo las aportaciones de la ciencia, de los nuevos conocimientos y discutir los temas que más preocupan a los ciudadanos. Pero en los canales de televisión cada vez se dan menos las condiciones para el debate. La lucha de los presentadores contra la palabra me parece impropio y su consecuencia es la búsqueda del show y el espectáculo, o de la simple confrontación espectacular. La violencia contra la palabra impide dar mensajes de interés a la audiencia que también quiere oír argumentos interesantes. Creo la cadena franco-alemana ARTE es un buen ejemplo. En esta cadena, cuando te invitan a un debate te dan el tiempo suficiente para poder hablar y matizar los argumentos. Creo que en la televisión actual ha calado la ansiedad por hacer un discurso muy acelerado y entrecortado, supuestamente para no aburrir al telespectador. Es un error. Creo que la televisión es un medio óptimo para desarrollar todo tipo de argumentos y dar tiempo a la audiencia para que haga suyos los mensajes. Los responsables de la televisión deben ampliar el tiempo destinado a cada programación y no caer en el error de combatirlo.

Pero también hemos asistido, en los últimos años, a un incremento de la oferta de programas televisivos y de la capacidad del telespectador para seleccionar lo que es de su interés. En los últimos años, la oferta televisiva se ha incrementado tanto que todavía podemos encontrar en ella todo tipo de ofertas: hay que dar al telespectador la posibilidad de elegir. La libertad del telespectador actual es la libertad del satélite.

E.S. En sus últimas obras, ha hablado de una *identité terraine*. ¿Cree que el audiovisual puede impulsar esta identidad planetaria?

E.M. Parto de una consideración que desarrollé en *El espíritu del tiempo* alrededor del cine. Más concretamente, del cine de Hollywood. ¿Por qué esa industria, que pensaba su producción en función del beneficio económico, hizo obras de gran calidad y de consumo mundial? Simplemente porque una película no se fabrica como se fabrica un coche. Siempre es necesario un factor de individualidad y de creatividad que hallamos, en primer lugar, en los grandes

directores. Y también es la razón por la que grandes escritores de la época, como Faulkner o Scott Fitzgerald, participaron en el cine. Pues bien, la búsqueda del beneficio económico no impide la originalidad y la calidad. Hoy en día existe una realidad transcultural en el planeta que se inició en esos años y que se encuentra en fase de consolidación. Esta realidad transnacional permite a todos los países hacer una forma propia de expresión cultural, pero con patrones internacionales. Por ejemplo, la música *rock*, que es una producción típica norteamericana, se expresa también a través del *rock* ruso, francés, italiano, español, etc. Igualmente pasa con el jazz y tantas otras expresiones. Es la técnica lo que hace del cine y de los medios audiovisuales una forma de cultura internacional, una cultura compartida y de carácter transnacional. De hecho, podemos decir que en el siglo XX se ha creado una especie de folclorismo internacional, que tiene su origen en el cine y que nos hace compartir historias y mitos a través de Cleopatra, Maurice, Robin Hood y muchos otros personajes e historias. También hay una cultura adolescente muy compartida internacionalmente que creo que es muy interesante, puesto que permite muchas formas de comunicación y de relaciones entre adolescentes de todo el mundo. Todos estos fenómenos transculturales planetarios son muy importantes para establecer formas de comprensión mutua. No obstante, el problema básico se presenta cuando una industria que ejerce un gran dominio sobre el mercado internacional impone sus propios productos y vende sus productos por debajo del coste para ocupar mercados, hasta el punto de ahogar la producción de una oferta propia y en el marco de los mercados nacionales. Por ejemplo, este hecho se produce en el mercado televisivo a través de la implantación de las telenovelas norteamericanas en muchos mercados de países pobres, pero con estas políticas de precios también podemos encontrarnos con graves problemas en países como Francia. En definitiva, una cultura nacional como la francesa también puede expresar formas transnacionales, siempre que no se desarrollen políticas de mercado engañosas.

Los franceses han exagerado al hablar de una «excepción cultural francesa» y reclamar sistemas de protección para su cultura. Cada nación es una excepción cultural. Creo que cualquier cultura es una excepción. Todas las formas de cultura, incluidas las transnacionales, son básicas para

todos nosotros porque implican el desarrollo de un sistema particular de educación. Una de las cosas más maravillosas de mi generación fue aprender a través de aquel cine que los intelectuales menospreciaban por considerarlo una forma basta de cultura. Pero aquella cultura cinematográfica fue básica para nuestra formación y todavía está muy viva en las salas especializadas y en homenajes y ciclos retrospectivos en los festivales de cine. Hay que tener en cuenta que mi generación pudo ver en las salas de cine de nuestros barrios las películas de Fritz Lang o de W. Wyler, o la llegada a Europa de los grandes maestros del cine japonés, y de tantos otros. Aprendimos a tener una determinada visión del mundo. Y, actualmente, los cinéfilos continuamos teniendo la oportunidad de este aprendizaje, sobre todo en las grandes ciudades que disponen de todo tipo de salas especializadas y en las cuales podemos ver cine de todos los países del planeta. Eso es fundamental para desarrollar una cultura cinematográfica. Huelga decir que, de joven, yo practicaba la «cinefagia» con una hambre voraz de imágenes cinematográficas, y eso me dio la oportunidad de conseguir una auténtica formación cultural como resultado de mi propia selección y de la lectura de algunos críticos.

Siempre ha habido optimistas y pesimistas, pero la vida no es ni optimista ni pesimista. Hay que ser conscientes de que existen factores de degradación del gusto que están muy presentes, pero no sólo en el cine o la televisión, también en la música o la gastronomía, y estos factores siempre conviven con la voluntad de una resurrección del buen gusto. Ambos procesos están presentes siempre en el mundo de la creación y del imaginario, pero no son exclusivos de una forma cultura, conviven siempre y en todas las culturas. Mirar hacia atrás y creer que las formas de la alta cultura eran compartidas por todos es un grave error porque, socialmente, una parte importante de la gente estaba excluida. En cambio, la cultura popular moderna ha evitado la exclusión, por ejemplo, en el cine, en la televisión o en la música *rock* y *pop*.

E.S. Actualmente, uno de los grandes debates cultura gira en torno a los conceptos de multiculturalidad y mestizaje. ¿Cómo valora este debate y sobre qué realidad de cambio cultural se desarrolla el debate?

E.M. Tenemos que ser conscientes de que actualmente estamos en un momento de gran complejidad cultural.

¿Qué significa esta complejidad? Estamos en un momento de presencia dominante de una cultura mundializada que tiene su origen en Estados Unidos, pero también existen las culturas nacionales propias de cada estado y también vemos como en el interior de los estados se están recuperando formas culturales de carácter regional y, finalmente, estamos produciendo un proceso de mestizaje con las culturas que provienen de los países de origen de la inmigración. La multiculturalidad es un hecho evidente del que todos hemos de ser conscientes.

Hablemos del caso de Francia. Francia es el resultado histórico de un fuerte proceso de unificación a través de la idea de Nación como una idea unificadora y común. Una de las consecuencias de este proceso en el pasado reciente fue la propia multiculturalidad francesa y la prohibición de hablar lenguas como el bretón, el provenzal y otras lenguas. Sin embargo, en el momento actual asistimos a la voluntad de redescubrir esta multiculturalidad a través de movimientos culturales procedentes de varias provincias francesas. Asistimos a la recuperación de fenómenos culturales y de identidad particular que habían sido olvidados o escondidos, empezando por las lenguas propias, pero también las tradiciones locales o las cocinas regionales, las diferentes maneras de vivir, etc. Creo que a partir de ahora hay que saber combinar ciertos factores de unificación con ciertos fenómenos de multiculturalidad. Y este proceso es tanto más complejo por el efecto de la inmigración.

Ahora, en Francia, hay muchos jóvenes nacidos en su territorio, pero de origen magrebí. Se llaman a sí mismos «beaud», es decir, no son magrebíes, pero tampoco totalmente franceses y eso nos plantea un nuevo reto. Este hecho se reproduce en la población de origen vietnamita o africano. Tienen todo el derecho a conservar sus tradiciones y costumbres, pero con la condición de obedecer algunas leyes fundamentales de la República. En el marco de una multiculturalidad, existe la posibilidad de integrarse en una cultura más amplia: la cultura francesa. Esta cultura también puede servir como elemento unificador, pero al mismo tiempo como elemento de reacción a una cultura todavía más general, pero en este caso de origen norteamericano. Pongamos por caso la gastronomía. Los italianos se han inventado un *slow food* como reacción al *fast food* y nosotros, los franceses, también estamos redescubriendo y revalorizando las formas de la cocina tradicional y local.

En suma, mi idea es que la multiculturalidad también se puede enmarcar en una cultura más general. Y esta idea creo que se puede aplicar a España, que se define por ser multicultural, con la realidad de sus autonomías que tienen una expresión cultural propia como Cataluña o Andalucía, por ejemplo. La diferencia entre Francia y España estriba en el hecho que, en el caso francés, y como consecuencia de una caída de la natalidad a finales del siglo XIX, se fomentó la llegada de población externa procedente de Italia, España o de las comunidades judías del norte de Europa y, legislativamente, se facilitó su nacionalización. Al derecho a mantener las culturas de origen se añadió la aceptación de una cultura general y común como la francesa a modo de cultura general y común.

Hay que entender que mestizaje no equivale a homogeneización; antes al contrario, significa la creación de una realidad cultural nueva y dinámica. No tenemos que pensar en el mestizaje de forma pasiva ni tampoco de forma represiva. Tenemos que pensar en el mestizaje de manera activa, pero siempre bajo unas normas de convivencia mínimas. Creo que la norma básica a seguir es la de la laicidad y el respeto a los derechos humanos que implica. La laicidad es un elemento decisivo: permite que en el ámbito privado todo el mundo pueda llevar a cabo el ejercicio de cualquier creencia religiosa, pero impide que en la vida pública cualquier religión imponga sus reglas y sus imperativos sobre el conjunto de la sociedad. A mi modo de ver, un ejemplo de mestizaje ha sido Brasil, que, con el añadido y la mezcla de tres orígenes culturales (el portugués, el africano y la población autóctona), ha dado lugar a una cultura nueva y activa que define ese país.

Estos retos son los que se plantean actualmente en Francia con la llegada de la inmigración magrebí y africana. La laicidad es una norma básica de convivencia y que puede generar un mestizaje activo. Pero siempre debe aplicarse el sentido común; por ejemplo, en el caso del chador de las niñas musulmanas en las escuelas públicas. Siempre será mejor que las niñas vayan a la escuela en un ambiente plenamente laico, que dejarlas encerradas en casa.

E.S. Hemos hablado de la cultura, la televisión y el audiovisual. Por último, dígame qué opina de Internet como nuevo medio de comunicación. Si los *media* convencionales crearon una tercera cultura, como afirmó en *El espíritu del*

tiempo, ¿Internet puede crear una cuarta cultura?

E.M. De hecho, estamos ante una policultura. Internet permite revalorar el papel del individuo en el proceso cultural. Le permite buscar todo tipo de informaciones, de comunicaciones y de integrar esta tecnología de comunicaciones en su vida y establecer una nueva forma de relacionarse y de discutir o debatir cualquier cuestión. Éste me parece un elemento muy importante y positivo. Internet también se ha convertido en un elemento económico de primer orden a través del cual el individuo puede buscar y comprar todo tipo de cosas y, naturalmente, todo tipo de producción cultural. En este sentido, es del todo polivalente. Pero el factor esencial es la capacidad de establecer relación con cualquier persona de cualquier país con mucha inmediatez. Y todo ello casi sin ninguna posibilidad que se establezcan restricciones hasta imponer, a diferencia de otras formas de comunicación, una libertad extraordinaria.

E.S. A menudo ha escrito sobre la importancia del teléfono en las formas de relación social. ¿Qué piensa del correo electrónico, que se ha convertido en uno de los usos de mayor aceptación de los servicios comunicativos de Internet?

E.M. Siempre podemos caer en intoxicaciones de todo tipo. Podemos caer en la adicción al alcohol, al cannabis o al amor, pero hay que saber valorar las ventajas y los inconvenientes. Para mí, las ventajas que implica el correo electrónico son muy superiores a los inconvenientes. Me permite comunicarme con las personas queridas estén dónde estén, y nos permite ir más allá de las relaciones locales con todo tipo de personas que están a tu alcance a través de un acceso fácil. También es cierto que esta facilidad de comunicación nos obliga, cada mañana, cuando abrimos el ordenador, a establecer criterios para no intoxicarnos. El problema es la capacidad de seleccionar, de una manera parecida al correo común, que está lleno de cosas inútiles que hay que descartar, pero éste es un problema de civilización que va más allá de Internet y que está provocado por el hecho de que generamos demasiadas cosas con poco sentido, inútiles y superfluas que nos distraen de las pocas cosas importantes y relevantes que merecen nuestra atención y nuestro esfuerzo. Este problema de civilización se manifiesta por la saturación. Tenemos que saber elegir, y la posibilidad y la capacidad de saber nos lleva a la libertad.